

Elisa Díaz Castelo

(México)

El silencio de las supernovas

vivo el silencio de los oficinistas sábados y domingos
mi colonia se vacía por completo el silencio
cubre con su polvo vidrios y banquetas edificios
entre semana todo es toppers y tacones
trajes y voces grises blandas pero hoy
es domingo y los oficinistas como Dios descansan

yo puedo caminar a media calle y mantenerme viva
y en la tarde miro por la ventana de mi casa
dejo que la noche borre una por una
las letras de mi nombre y casi nunca hay nadie dentro
del edificio de enfrente pero hoy
dos ancianos bailan vagamente alumbrados
por una música que yo no escucho
nos separan dos vidrios una calle de asfalto
tantos años alguien más hábil podría
leer la partitura de sus pasos en su cadencia
columbrar el canto y discernir la melodía
y los matices dentro del duelo líquido
del baile interpretar del ritmo
la presencia saber exactamente
cuántos años llevan juntos cómo se conocieron
si todavía o alguna vez pero yo
no sé nada de notación musical
y solo los observo: se reparten el hambre en migajón

los planes caducos los vasos escarchados
de sus primeras citas y el peso de los muros
de su última casa y se cortan los años
como sombras dormidas míralos:
se mueven lento son planetas en desuso
sistemas dobles que giran
uno en torno al otro llenos de gravedad
esbozan órbitas imperfectas son
lúnula y sacrificio y cómo ríen

hace unos días hablamos del espacio
profundo que separa estrellas y planetas
que separa todo lo visible ahí el sonido
no existe ahí no hay partículas que puedan
transmitirlo piénsalo colisiones brutales
supernovas no sé tú pero yo
lo imagino más lento más
brillante más herida la herida de la luz
(y todo eso) en otro lado del mundo me dices
que ese mutismo te consuela que pone todo
en perspectiva yo no estoy segura
si la ruina se fuga por el ruido
de sus muros que se desgajan de sus ladrillos
que caen tal vez todas las cosas
de verdad importantes pasan en silencio

es domingo y hace tiempo Dios dejó de contar
mi vida con su voz grave de narrador omnisciente
y yo misma llevo toda la mañana y tarde
sin decir palabra y me pregunto dónde queda mi voz
dónde se guarda existe bajo mi cuerpo en algún sitio
qué es qué forma tiene a qué sabe
de cualquier modo no puedes escucharme
vives lejos a excepción de algunas notas de voz
hemos sucedido en silencio está bien
te diré quién soy estoy sentada en algún lugar
del universo conocido me he vuelto un nudo
que la esperanza no abre un verso sin bastilla
soy víctima de mis propios métodos
de composición y cuando era niña
me enseñaron a esterilizar una aguja sosteniéndola

bajo la flama hasta que se encendiera
y luego la sumergieron en mi piel
yo lloré sin hacer ruido como las estatuas
toda mi vida era una astilla de madera
enterrada en el dedo corazón me dijeron
que volteara hacia otro sitio pero yo siempre
preferí mirar

Síntoma

El síntoma aparece por la noche, trata
de no hacer ruido al entrar en mi cuarto
pero escucho sus huesos cariados
armarse contra mi desvelo.
Se sienta al borde de mi cama y habla
en el lenguaje de los animales extintos.
Su corazón, acompasado al mío,
late en un semitono más amargo.
Me enseña cómo lograr que rimen
las cosas inciertas y produce
un coloquio de termómetros.
Enciendo la lámpara: se rompe
la oscuridad de un lado al otro.
El síntoma estornuda en el envés del codo.
Toca el comienzo de mi vestido y el perfil
de las cosas enojadas. Yo lo desgloso lento
y a pesar de la luz. Y así pasan las horas,
la calavera rota de las horas.
Me explica al oído mi huella de carbono.
Mi sombra arde de fiebre,
mis manos germinan cientos de dedos
y me lastima el principio de las cosas.
El síntoma se disminuye
y duerme. Pensar que no supe nunca
que estaba ciega hasta que vi
al síntoma sentarse a un lado mío.
Nunca supe hasta ahora que me abriga
el aliento que exhalan por la noche
mis ancestros dormidos. Hoy
soy epílogo, hoy soy carcasa. El hambre
apoya su mano fría contra mi vientre.
Entro y salgo de las habitaciones.
El síntoma está triste: le devuelvo la ruta
que había empezado a trazar con el meñique.
Mis cicatrices cambian de color cuando me toca.
Nadie cree que lo nuestro es solo mío.
El síntoma pelea como una lámpara pelea
con la noche. Es un criador de ataúdes.

El síntoma crece si cierro los ojos, si trato
de seguir con vida. No es
nada del otro mundo. Es
el olor de un estanque rojo, el llanto
de una madre primeriza y me pide
que lo detenga porque podría caerse.
El síntoma es el padre de los peores animales.
Hoy tengo el síntoma. Hoy
el síntoma me tiene. Soy una incógnita
que el silencio despeja, una fruta
en la última hora de la tarde.

Otra derrota

A partir de Rafael Cadenas

Yo que nací en lunes y llovía
que mi mamá me parió durante horas y tuve el mal gusto
[de olvidar mi nacimiento
que aprendí a contar los años con los dedos
que me astillé la palma de la mano
que tuve sombra y sed
que llevo la cuenta de los vasos que he roto
que aprendí a amarrarme las agujetas en el último peldaño
[de la resbaladilla
que lloraba frente al espejo hipnotizada por mis propias
[lágrimas
que tiemblo en la penumbra y no me pongo un suéter
que me duelen las caries de los otros, los huesos que se
[rompieron cuando niños
que olvido el color de las palabras cuando duermo
que no conozco a los poetas más importantes
que amo el granizo aunque mate las plantas
que cumplí la misma edad tres veces
que no sé frenar con motor
que no encuentro la palabra justa
que siempre tengo frío en los pies
que marqué con mi cuerpo el cuerpo de los otros
que no sé blandir los cuchillos sin lastimarme
que sangro
que no supe frenar la herida
que he querido cerrar mi cuerpo apócrifo, alcalino
que no sé para qué sirve el azafrán
que he puesto tierra de por medio
que me gusta desgajar granadas
que enterré a mi mascota muerta en el viejo jardín pero
[no cavé lo suficientemente hondo
que me rompí el hueso más pequeño
que me parecen más cosas las últimas cosas
que me he quedado sin llave que me he quedado sin
[puerta
que vi a mi abuela desnuda en su última cama

que conozco el color de las escaras
que aprendí a vivir con esta cicatriz
que existí a pesar de que nadie me vio
que existo a pesar de que nadie me ve
que siempre que despegan los aviones pienso en un
[hombre que hace años no he visto
que de niña jugaba en los cementerios saltando de una
[tumba a la otra
que hablo con alguien que está lejos
que en cuanto llego a una fiesta quiero irme
que de niña jugaba a estar muerta
que desobedecía el reglamento de primaria
que observé la dentadura de mi abuelo atrapada en su
[vaso como un pez abisal
que me da miedo tocar a los otros
que no tengo modales a la mesa
que aguanto la respiración bajo el agua tibia de la tina
que solo yo me entiendo
que dibujé un mapa en la palma de tu mano y te pedí que
[vinieras
que no conozco el nombre de las constelaciones
que pienso que dos puntos y una línea hacen un mapa
que no sé nacer
que a veces soy un verbo intransitivo
que pienso en la forma de los huesos de las personas que
[amo
que no sé cambiar la llanta de un automóvil
ni hablar latín
que a veces duermo en mi desvaída sábana de infancia
que no he querido olvidar y sin embargo
que duro poco

Tríptico de anunciación inversa

Necesitaré esto, me digo. El cuarto en penumbra, las tres ventanas altas por donde se cuele una luz tenue y sucia. Mis pies descalzos sobre la alfombra oscura. Soy una niña. En el fondo del cuarto mi abuela está sentada en su silla de ruedas y es tan pequeña que le cuelgan los pies. A su lado dos mujeres le ofrecen pedazos de un durazno prensado. La fruta emite su propia luz, entera, ocre. La luz del recuerdo: ambarina, cuajada. Era un sol marchito, desangrado. Una granada tenue. Abuela, no comas de esa fruta.

Necesitaré [REDACTED], me digo. Entro de nuevo y por única vez a la habitación de la abuela. La textura de la penumbra sobre mi piel. [REDACTED] -La luz descalza y sucia [REDACTED] Era niña. Y ahí sigue mi abuela, sentada para siempre en el último mes de su vida, muriéndose con precisión de relojero. [REDACTED] Más vieja que mi hambre. [REDACTED] y le cuelgan los pies. [REDACTED] En su mano refulge como un arma el durazno prensado. [REDACTED]

Silla de ruedas y años sin bastilla. [REDACTED] Entro al cuarto. [REDACTED] La penumbra me toca con su mano húmeda. [REDACTED] Soy apenas distinguible. [REDACTED] Entro. [REDACTED] Entro en el cuarto. Voy a empeñar el milagro. Usufructo. Mi abuela está ahí sola [REDACTED] al borde de la cama. [REDACTED] Mi abuela está ahí sola al borde de su muerte. [REDACTED] Vieja gestación de escaras. [REDACTED] Viejo equinoccio que la memoria sutura. [REDACTED] El cuarto es oscuro como si estuviera debajo de la tierra. [REDACTED] En su mano la luz rota de un durazno prensado.